

Además de piedra... Las estatuas son personajes que tienen su corazoncito...

Rentería tiene una estatua que permanece «aparcada» en un lugar municipal. La retiraron al poco de colocarla, hace unos treinta años. Unos la llamaban «la de Amasoa»; otros, «la Damasa» y, algunos, simplemente, estatua. Estos últimos eran los más popliferados. De ello nos hemos enterado ahora que hemos conversado con la estatua que un día el soplo inspirado de Díaz Bueno quitó el sobrante a una mole de piedra y dejó al descubierto esta magnífica obra de arte conocida de muy pocos.

—Me hicieron estatua —nos dice— para honrar y perpetuar la memoria de los hijos ilustres de Rentería, de quienes hicieron algo por esta villa y la prestigiaron. Pero me «jubilaron» enseñándome...

—¿Por estar considerada fuera de ambiente?

—Una obra de arte tiene el carácter de permanente. Además, yo soy una estatua de pies y cabeza, de manos y ojos; tengo de todo y bien distribuido. No pertenezco a ese arte en el que es preciso tener muy buena voluntad para saber si se contempla un ser humano u otra cosa cualquiera...

—Entonces, ¿por qué te arrastraron al patio de los caballos?

—Incomprensión. Hubo «diagnóstico precoz». No fui bien captada por el ambiente. Me pusieron a su altura cuando yo necesitaba de un pedestal para ser así mejor observada. No me instalaron bien. Por ello se incomodaron algunos y hasta fueron un poco incorrectos conmigo varios elementos locales.

—¿Célos?

—Me calificaron como a una mala película. A mí me hizo así un artista, y si aloran a la superficie detalles que denotan un buen año, no es mía la culpa. En Arte —decimos, en Arte— los ojos deben tener en primer lugar una buena y sana intención. Nada hubieran hecho los grandes pintores y escultores de todos los tiempos de haber tenido el criterio de algunos renterianos de hace unos treinta años...

—Es que a falta de piedra...

—No es lo mismo presentarse con premias veraniegas, que vestida de piedra. A mí no me falta tela, sino me sobra piedra. Pero evoco la memoria de unos hombres que trabajaron por Rentería y fueron ilustres, y la prepararon para hacerla próspera. Soy, pues, un símbolo, no un modelo.

—Un foco de intención...

—Una obra de arte, repito. Quien tenga criterio de cangrejo, que siga contra corriente, y artimanando estatuas. Llegaremos así a ser grandes...

—Dentro de un siglo, te cotizarán...

—Como siempre, pasaré a la inmortalidad cuando venga quien diga con autoridad que valgo. Como ocurrió con Beethoven y Wagner, y como no ocurrió con Di. Siclano y Gento.

—No te compares...

—Me comparan... y me confunden. Aunque soy de piedra, tengo mi corazoncito.

—¿Solución para retornar a un paseo o plaza?

—Que me restauren y sitúen sobre un pedestal de cierta altura. Las obras de arte se contemplan a cierta distancia. Un pedestal de tres o cuatro metros me presentará de una forma más completa y racional.

—¿En dónde?

—Dónde sea. No discuto sitio ni creo problemas. Pero habrá un rincón, que no sea precisamente el que ocupo actualmente, donde preste al ambiente un aspecto bastante más eficaz que el que ahora ofrezco.

—¿Te sientes ejemplo?

—Creo tener la misión de estimular a los renterianos, a los hombres ilustres que dentro y fuera de nuestras fronteras locales dieron gran prestigio a la villa, y a cuantos trabajan por nuestro bienestar.

* * *

Y no seguimos el diálogo. Las estatuas son personajes que tienen su corazoncito. La nuestra de Rentería, lo tiene y bien grande. Ella no tiene la culpa de lo que le pasa. Hubo un criterio hace años... Y, en la actualidad, puede que exista otro. Todo consiste en estudiar si puede ocupar un lugar decoroso en Rentería una estatua magnífica que exalta a los hombres ilustres. Sería cuestión de un pedestal.

Cuestión de altura, en una palabra. Pero de altura en la estatua y en los que la contemplan.

Porque ahora, no estamos precisamente como hace treinta años, por ejemplo. Para todos han batido vientos nuevos. Y quizás los que ayer dije- ran que la estatua de piedra era un personaje de carne y hueso, digan en la actualidad lo contrario. No es cuestión de adaptación de criterios. Es de

educación. Y la estatua puede decir mucho en este sentido. La cosa, pues, tiene solución. Menos el llevarla al matadero. Y en cuanto se habla de esto allora un paisaje suizo en medio de un ambiente bucolico. Y nada tiene que ver lo uno con lo otro. Quizá la ironía sea la dialéctica que acompaña siempre al tema de la estatua. Por eso entra dentro de la teoría de las probabilidades; o se le condena a cadena perpetua y continua encerrada, o se le reclina y hace su aparición en público. Creemos que se hizo para esto último.

JUAN KHOSKAS

Apostillas de don Antonio Valverde al artículo anterior

En la imprenta donde se edita esta revista me muestran el original de un reportaje humorístico que ha de aparecer este año. Es una intervención a la famosa y tan discutida estatua del monumento a los hijos ilustres de Rentería. El reportaje va ilustrado con una fotografía de la estatua tal como se encuentra actualmente, rota, sucia, derribada en un inmundio local.

Siguió a la Dirección que, junto a la patética fotografía, se publicase otra de la estatua en su completa integridad, cuando la incomprensión de las gentes no se había cebado aún en ella. La propuesta fué aceptada y me encomendaron a mí mismo la misión de encontrar dicha fotografía. Para ello recurrí al propio autor de la obra, don José Díaz Bueno, a quien visité en su domicilio de Ategorrieta.

Don José habla despacio, con acento inconfundible de madrileño. Junto a él su esposa, oriolara, remata los relatos de su marido:

—¡Estos artistas! ¡Lo que tienen que ver...!

—Fué a don Ricardo Urgoiti —nos dice el escultor— a quien se le ocurrió la idea de erigir un monumento a los hijos notables de Rentería. Don Ricardo se lamentaba de la falta de monumentos en su pueblo. Me encargaron el proyecto, lo realicé y lo aprobaron. Entonces se puso la primera piedra...

Uno recuerda la sorna con que el pueblo renteriano acogió la ceremonia de la colocación de la primera piedra de su único monumento. Con música de pasacalles sanjeronmínescos se cantaba aquello de:

Han ponido la primera piedra,

han ponido, han ponido.

Han ponido la primera piedra,

la segunda cuando ponéran.

Después vinieron las cartapisas, las zamacailas y los pañones al proyecto. Se censuraba la desuñidez de la estatua. Prueba de que este era el principal motivo de la enemiga que contra ella existía es el hecho de que al escultor se le llegó a ofrecer una fuerte suma de dinero si se aventaba a rebajar el relieve de los pechos.

El pueblo estaba dividido en partidarios y en contrarios de la dichosa estatua. Por fin se llegó a colocar el monu-



Lamentable estado actual de la obra en su infortunado exilio.

mento en un rincón de la flamada grande. Pero la figura permaneció tapada con una arpillera durante más de un año. El periódico «El Sol» de Madrid publicó una caricatura de Bagaría poniéndonos buenos a los renterianos.

El cambio de régimen político del año 31, trajo consigo el descubrimiento de la estatua, pero no cesaron con ello sus infortunios. El gamberrismo se ensañó en ella. La pintaron ciertas partes del cuerpo, la ensuciaron de barro y le pusieron apodos. Y al fin, una riada la derribó de su pequeño pedestal.

—¿Qué opinión le merece hoy aquella obra suya?—pregunto al escultor.

—Pues mire Vd., la piedra es bellísima, y con respecto al estilo, creo que no ha pasado de moda. Es lo que hoy se hace...

—La estatua, efectivamente, sigue siendo moderna. ¿Y a qué atribuye Vd. la incomprensión del pueblo hacia ella? ¿Por considerarla inmoral, o por no haber captado un arte entonces tan avanzado?

—Don José elude la respuesta.

—Vaya Vd. a saber...

—¿Cómo se acogió su obra en el mundillo artístico?

—Tuvo mucho éxito. La elogiaron vivamente cuantos artistas la conocieron. Recuerdo que en una visita que hizo García Sánchez a mi estudio, al encontrarse con la estatua, improvisó un poema ante ella. Dicho poema apareció después en «La Nación» de Buenos Aires.

Explico al escultor la mutilación que sufre hoy su obra: un brazo roto, la cara machacada...

—¿Lo habrán hecho adrede?—me pregunta con cierta angustia.

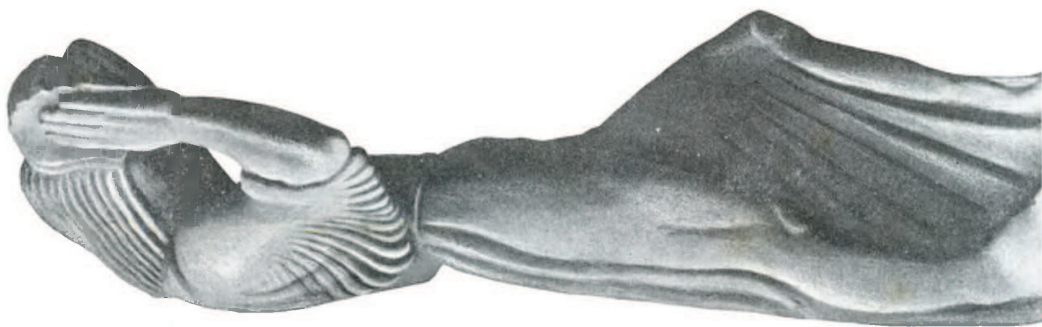
—Confírmeme en que lo hiciera la riada. Y dígame, ¿cabe una reparación de la obra?

—Por lo que Vd. explica, el arreglo no parece difícil... La conversación con los señores de Díaz Bueno deriva hacia otros temas: recuerdos de sus andanzas y luchas artísticas, el arte actual, la evolución de la escultura hacia lo abstracto, etc.

Pero con ello nos salimos del asunto que me ha movido a escribir estas líneas, que es tan sólo el de confesar, en lo que a mí me toca como renteriano, la enorme injusticia cometida con un buen artista y con una hermosa obra suya. Sirvan ellas de iniciación a la reparación en toda la regla que Rentería debe a Díaz Bueno y a la tan famosa como maltratada estatua, la vejada «Damasa», obra bella, inocente a más no poder en cuanto a moral, decorativa, graciosa de líneas y de forma.

Y no olvidemos que nuestros ilustres antepasados estarían esperando que se lleve, al fin, a efecto la noble idea de aquél jovial caballero renteriano que fué don Ricardo de Urgoiti.

ANTONIO VALVERDE



Noble aspecto de la estatua, tal y como salió de las manos de su creador, don José Díaz Bueno.